

quier vientecho, por pequeño que sea; así es la vida del hombre, que con cada nonada próspera ó adversa luego se turba y mueve de su quietud de corazón. El salmo dice: Ciertamente el hombre que vive es un montón de toda vanidad, y todo se pasa en farsa ó figura; y así, sin propósito se turba. Otra traducción dice: Ciertamente livianísima y vanísima cosa es el hombre, y mas vana que la misma vanidad; porque, como una imagen vana y una sombra, sin cosa firme ni estable anda en este angostísimo carril desta vida. Tras esto viene la comparación por la propiedad del suceder las hojas unas á otras, y la poca memoria que queda de las pasadas, y el nacer y crecer y caer las presentes, como los hombres tan apriesa, quedando siempre poco mas ó menos el mismo número; y así en ellos como en ellas hay variedad que no caen todas juntas, unas presto otras tarde; así hay entre los hombres muertos en diversas edades. Otros dicen que nuestra vida es humo, otros sombra. Los malos, que suelen reirse desta sentencia, por parecerles que tienen experiencia de lo contrario, la vienen á confesar en el infierno; allí la comparan á sombra, que en un instante nace y en otro muere; y su vida y ser es no ser; compáranla los mismos á correo, que pasa con gran prisa, y aun á decir las nuevas no quiere parar; á águila, que no deja rastro en el aire; á navío, que no le deja en el agua; al fin, viene á decir que antes se vieron muertos que nacidos; así que, juzgan no haber vivido por la brevedad con que vivieron. Los santos y la Escritura usan de otras muchas comparaciones para significar esta brevedad: compáranla á ceniza, que con un soplo desaparece; á imagen, que no tiene mas de apariencia; humo, que el viento brevemente le deshace; agua, que corre y nunca vuelve; telas de araña, que con un soplo se deshacen; rastro de nube, que el sol consume en un punto; flores del campo, que á la tarde están marchitas; heno, que presto se seca; espuma de la mar, que la tempestad prestamente junta y aparta; tela, que se corta; navíos que llevan fruta, que van apriesa á todas velas, porque la fruta no se pudra ó porque en pasando no dejan mas que solo un olor della; á gota de agua comparada con la mar; á sueño breve de las guardias ó centinelas en quien la noche se reparte. Al fin, la sagrada Escritura dice á los mártires que claman pidiendo venganza de su sangre: Esperad un poquito hasta que el número de vuestros hermanos esté cumplido. Pues si lo que hay desde entonces al día del juicio es poquito, ¿qué será la miserable vida de un hombre? Así que, por una parte la experiencia, por otra la confesión de los malos, por otra la de los filósofos, por otra la de los santos y la Escritura, convienen en que la vida del hombre es brevísima y miserable.

La razón desta tan encarecida brevedad parece que da en diversas partes la misma Escritura sagrada, porque en una parte della nos dice que todos vamos corriendo y con grande prisa á la muerte; y en otra que ella viene con grande prisa en nuestra demanda. Si un caminante quiere alcanzar á otro en un camino, todavía tarda en alcanzarle, porque el otro va como huyendo, porque no le alcance; y aunque se da prisa el que va en el alcance del otro, tarda en ganar lo que el delante-ro va ganando de ventaja; pero si lo que ha de alcanzar

el primero es cosa fija, como una ventana ó torre, no tarda tanto, porque la ventana no huye ni gana tierra; pero para juntarse este caminante con otro que viene contra él por el mismo camino, menos tiempo es menester, porque ambos ayudan á la prisa del juntarse, y mucho menos sería necesario si ambos caminasen apriesa y corriendo, como acaece en los correos de á caballo que se encuentran, que apenas se descubren el uno al otro en el camino, cuando están juntos y desaparecen; y en los justadores, que apenas hecha la señal han partido del puesto, cuando se han encontrado. Pues la divina Escritura nos pinta como justadores con la muerte con gran velocidad; porque de nosotros dice que partimos para ella como un arroyo de agua ó río, el cual vemos que corre con tanta velocidad, que apenas se conoce en la tierra otra mayor; porque, aunque un río vaya manso al parecer (en que también es semejante á nuestra vida, porque acaece estarle mirando y asomar por la parte alta del río un corcho sobre el agua, y caminar al parecer tan despacio, que no llega á nosotros en media hora, ni se desaparece en otra media), pero el agua sin duda va con gran velocidad; lo cual se verifica en una rueda de molino que ella mueve, la cual se pierde casi de vista de pura ligereza; y del otro do grandes fuerzas se dice que las probó en quererla detener, y le reventó la sangre por los oídos. Y esta velocidad es claro que le viene del agua, y no de sola la que allí cerca baja por la canal del molino, que luego cesaría, sino del agua, que parece venir mansa, pues de donde se continúa el agua se continúa la fuerza, con la cual suele un río llevarse los árboles y los peñascos que delante se le ponen, y arruinar casas y barrios enteros de las ciudades y las presas ó pesqueras de las aceñas, dejando espantados á los que miran desde las riberas; así es la vida del hombre, que mirada á lo que parece, va de espacio; de manera que se pasan diez, veinte, cuarenta años sin que en la vida de un mancebo se echo de ver mudanza; pero en realidad de verdad va corriendo velocísima como el río. Por otra parte, nos pinta la Escritura á la muerte en un caballo que viene posteando hácia nosotros, que da á entender dos cosas: la primera, cuán descansada anda la muerte, ora mate pocos, ora muchos, ora poderosos, ora plebeyos, ora flacos y enfermos, ora fuertes; lo que no acaece en otras victorias entre los hombres. Lo segundo, que entendamos que viene la muerte á nosotros por la posta, y aun mas apriesa que nosotros á ella, porque viene descansada y á caballo, y nosotros á ella cansados, fatigados y llenos de cuidados, de honra, hacienda, mujeres y hijos, etc.; y con todo eso, vamos á encontrarnos con ella ligeros y veloces como un río, cuanto mas viniendo ella descargada y en piés ajenos.

Pues si comparamos la misma vida con la eternidad, no queda comparación, porque todas cuantas se han dicho quedan mancas; lo cual se echa de ver en un salmo donde David la quiere comparar con ella, y no halla cómo ni en qué, sino con decir que es como el día de ayer, que pasó ya, aunque la vida sea de mil años, donde ninguna hasta hoy ha llegado, porque á la de Matusalen le faltaron treinta para llegar á ellos. Pues dice David: Señor, mil años delante de vuestros ojos (por-

que habla con Dios, que así habla con las mismas palabras san Pedro en su *Canónica*), como el día pasado de ayer; que, aunque este ya no es, así son todas las cosas finitas, comparadas con las infinitas, como los hombres todos comparados con Dios son como si no fuesen; que así lo dijo Esaías, aunque sean los monarcas, porque siempre es la distancia infinita, como desde un pobre á Dios ó desde una hormiga; así son los muchos años y los pocos respeto de la eternidad; así está bien dicho, que mil años como un día, no el de hoy, que es, sino el de ayer, que ya no es. Sobre lo cual se espanta mucho san Agustín: ¡Vágame Dios! Ya que los compara á un solo día ¿no dijera como el día de mañana? Responde él mismo; No, porque las cosas que se rematan y tienen fin se han de estimar como ya pasadas, como lo ya pasado, como si no fuesen. Dificultoso es, pero hácelo; que nuestra cabeza no alcanza la eternidad; y aunque no sea de la Escritura ni de san Agustín, traeré aquí aquella sentencia que entre otras santísimas dijo aquel caballero español, por dar con ella á la de san Agustín legítimo sentido y su propio romance.

Y pues vemos lo presente,
Cuán en un punto se es ido
Y acabado,
Si juzgamos sabiamente,
Darémos lo no venido
Por pasado.

Así que, lo no venido porque aun no es, lo presente porque es tan breve como si no fuese, se juzga por ya pasado, aunque lo pasado no es. Lo cual el sabio en aquel sermón que hizo de los desengaños, dice por otras palabras; Si alguno viviere muchos años, y estos en mucho contento y prosperidad, acuérdesele del tiempo oscuro y de los días muchos, los cuales cuando vinieren, entenderá el hombre que todo lo vivido, por mucho que en la vida le pareciese, fué un poco de vanidad. Bien se entiende la causa por que el hombre, aun puesto á considerar esta verdad, no la entiende ó no le mueve, porque el demonio, como gran pintor, pinta las cosas que están cerca que parecen léjos; y así, pinta léjos la muerte y la otra vida, aunque realmente están muy cerca, y por esto parece la vida larga, aunque otras veces nos la pinta corta y la muerte cerca; cuando es necesaria diligencia para la dejar al hijo veinticuatriá ó escribanía ó colar el beneficio ó coadjutoría al sobrino, porque no salga la renta de casa, aunque no haya méritos ni suficiencia; otras veces parece larga, cuando persuade que haga casas que nunca se acaben, ó cuando hay un importuno trabajo, para liacer que desespere el trabajado; asimismo, cuando uno quiere liacer penitencia, para que la dilate; que san Agustín confiesa que cuando se convirtió le parecía que iban sus contentos á sus oídos tras él, quejándose y diciendo: Pues ¿cómo y para siempre nos has de dejar? Llamando para siempre eso que le quedaba de vida. Al contrario, en una prosperidad la suele pintar breve para persuadir que se goce con mas vicio y mas deleite. Desta manera se aconsejaban unos á otros los malos, de quien habla el libro de la *Sabiduría*: Gocemos de los bienes, como mozos, apriesa. Y la Escritura en otra parte: Comamos y bebamos,

que mañana nos morirémos, y esto hemos de llevar desta vida. Sobre lo cual dice Séneca una sentencia admirable, como quien tenía bien conocida y considerada la condición de los hombres. Tememos (dice) todas las cosas como mortales, y codiciámoslas como inmortales; lo cual parece en una enfermedad peligrosa y en el olvido cuando pretendemos algo temporal. Pero aunque el demonio ande en nuestro pensamiento, haciendo de la vida tantas ensaladas, ella brevísima es, como está dicho.

Pues si tan corta y tan breve es la vida, y tan presto se pasa y desaparece, ¿cuánto mas cortos y breves serán los trabajos, pues son mas breves que ella? ¿Que no toda la vida entera está el alma afligida, ni siempre es el uso de la paciencia necesaria, aunque siempre lo es andar apercebidos della? Pues por cosa que tan poco dura no hay necesidad de fatigar el corazón cuando la padecié, sabiendo cuán presto saldrá de aquel aprieto; y para tener en él el consuelo sin mucha dificultad, se dijo aquella sentencia: Instantáneo es lo que atormenta y eterno lo que deleita; de donde se mueve el corazón á desear lo segundo por su eternidad, y á no temer, antes pasar con alegría por su brevedad lo primero. Con esta razón persuadía y aun mandaba Dios en la ley (cuando había mandado que todas las heredades se volvieran á sus dueños, el año del jubileo) que, cuando las vendiesen ó comprasen no fuesen tiranos con su hermano, que si quedaban dos ó tres años hasta el del jubileo, que no vendiesen en tanto precio la heredad como cuando quedaban muchos, pues la heredad que había de durar poco, no valía tanto como si durara mucho. De aquí sale nuestro consuelo para cuando alguna cosa temporal se pierde, ora sea salud, ora hacienda, ora honra, que pues ha de durar tan poco como la vida es, no la estimemos sino en poco, y así nos desconso-lará menos su falta, porque no es mas el dolor de cuanto el amor ó estimación que la tenemos; de manera que de la brevedad de la vida nace la poca estimación de las cosas della, y de aquí el poco dolor que su pérdida debe dar al que la padece, y de aquí el alivio y consuelo en su trabajo. Deste usó David en aquel tan grande en que se vió cuando se paró el mal siervo Semei á deshonrarle, y él sufrió las injurias con este pensamiento, como parece en el salmo que entonces compuso: Dije y determinéme de guardar mis caminos, esto es, de la ley de Dios para no pecar con mi lengua; eche un candado á mi boca y una puerta á mis labios; estando el pecador con denuedo contra mí, encolorizé mi corazón dentro de mí, y abrasábame en mis pensamientos, reventando por responder y al fin hablé, no injurias sino rogándoos á vos, Señor, que me acordeis que tengo de morir y el número de mis días, para tener delante de los ojos que son pocos los que me faltan; eece ya, Señor, que breves me señalastes los días, y todo mi fundamento es como nada delante de vos. Y cierto, todo hombre viviente es un poco de vanidad, y todo se pasa en farsa; y así, sin por qué ni para qué se turba en los trabajos, ni se coloriza por grandes que le vengán; que poca cuenta hace un caminante de la mala posada, cama, comida ni tratamiento de una venta, solo porque ha de estar poco en ella, aunque el mozo le dé

el topeton y el ventero le llame vos, y le dé para sentarse un mal banquillo, todo porque ha de durar poco; antes lo toma á veces por entretenimiento para contarle en su tierra; así, el virtuoso y bien considerado para tratarlo con Dios, por quien anda con cuidado por este camino; y pues que ha de durar poco, padezcamos con buen ánimo lo que sucediere de adversidad, comunicándolo con Dios y considerando que luego se acaba esta vida, y se ha de pagar con la eterna.

DISCURSO III.

De la tercera razon que tenemos para consuelo de los trabajos, que es el poco daño que nos hacen.

Natural cosa es en todos los sucesos adversos y repentinos, antes de hacer sentimiento ni lastimarse de ellos, sacar en limpio los hombres el daño que en ellos han recibido, para no hallarse después engañados. Esto parece en una gran tempestad de agua, granizo y pedrisco, que al tiempo de madurar los frutos suele caer en las heredades y en las avenidas, que suelen llevarse las pesqueras y aun las hacañas; y en los aguaduchos, que suelen llevarse las casas y los frutos de los campos; y asimesmo, en un rayo que en alguna casa ha caído, que suelen todos los interesados acudir á ver el daño; y en una batalla, así los vencedores como los vencidos huelgan y procuran saber la gente que han perdido. Y en todos estos y en otros semejantes casos es tanto mayor el consuelo ó menor, cuanto lo es el daño; y cuando este es poco, casi no se siente dolor con el trabajo. Este consuelo ha de tener el que en esta vida padece alguna borrasca de adversidad: considerar el daño que le resulta della. Y si bien se considera, aunque á nuestro parecer (y ello es así), son unas mas dañosas que otras, como las que dañan en la honra se hacen mas sentir que las que en la hacienda, y en cada una dellas hay mas y menos; pero en solo un caso se puede y debe llamar el trabajo dañoso, y se ha de sentir y llorar, sin buscar ni esperar consuelo sin remedio hasta reparar el daño, y es, cuando por nuestro descuido ó malicia nos quita del alma á Dios, que es el mayor de los males, antes ninguno puede á boca llena llamarse mal fuera dél, sino mal de pena; porque, como el mismo Señor dice, ¿qué le aprovecha al hombre ganar y hacerse dueño y señor de todo el mundo la hora que en su alma padece daño y detrimento? O ¿qué se puede hallar en él que sea equivalente trueco por su alma, ni pueda ser bastante precio por lo que ella vale? Y en otra parte: No queráis temer á los que matan el cuerpo, y no pueden hacer mas mal; temed al que tras esto puede enviar el alma al infierno. Por esto, así como es cosa natural que los hombres aventuren lo que es menos á que se pierda por defender y conservar lo que es mas, como sin advertir á lo que hacemos, ofrecemos el brazo á la espada para defender la cabeza cuando vemos venir el golpe mortal; así, es natural cosa aventurar toda la hacienda, honra, salud y vida, y todo lo que no es alma por salvarla; cuya figura fué lo que hizo Jacob habiendo de encontrarse con su hermano Esaú, á quien temia mucho, que envió adelante los ganados, hacienda y criados, quedándose atrás con su amada Raquel;

porque si peligro hubiese, lo padeciese la hacienda, y no su querida mujer; así, es necesario ofrecer todo lo que en este mundo se llama bienes por salvar el alma, para cuyo servicio, defensa y salud fueron criados; lo cual no es mucho, pues toda la tierra es un punto, comparado con Dios, que es el que se pierde cuando se pierde el alma.

Y para que se entienda cuán poco es lo que por este tan importante fin se aventura, solo es necesario considerar la naturaleza y condiciones de cada cosa destas que el mundo tanto codicia y teme perder; porque la honra es una opinion del vulgo ignorante; porque, como Aristóteles dice, la honra está en el que la hace; y ya se ve la ignorancia, la liviandad y inconstancia del vulgo, y con cuán pocas y livianas causas da y quita la honra, sin merecimientos. Las riquezas no son sino, como el Profeta dice, un poco de barro apretado, las letras llenas de errores, los amigos dudosos ó falsos ó mudables, la hermosura sujeta á la enfermedad ó trabajo, la salud quebradiza, y los deleites, que son los mas servidos y defendidos, breves, torpes, sobresaltados de mil contrarios, despertadores de la cólera, que no sale sino para defender el deleite de quien le quiere ó pretende estorbar. Porque, como los filósofos dicen, la ira no es otra cosa sino un defensor y vengador de la concupiscencia enojada ó agraviada. Y Platon daba por remedio contra la ira hacerse el hombre á pasar su vida con medianía y sin deleites, sin tener apetito ni necesidad de muchas ni muy curiosas cosas, porque esto es quitar la raíz de la cólera, curándola en esto como el docto médico que tiene ojo á quitar la raíz del mal aunque parezca lejos del blanco, como cuando sangra el brazo para sanar el mal de ojos, y los lavatorios de los piés para el dolor de cabeza; así acá excusar los deleites, por ser raíz de la ira, para sanarla; pues, mirados los remordimientos de la conciencia, no hay ninguno de los que el mundo llama bienes que tan roida la tenga, porque el malo que usa dellos, aunque no quiera acordarse de Dios ni de su infierno ni gloria ni beneficios, no puede dejar de temer la muerte y verla á cada paso cabe sí; porque, así como los santos tienen siempre la muerte en deseo y la vida en paciencia; así los malos al revés, como viven en deleite, tienen la vida en deseo y han miedo á la muerte; como una mujer buena desea ver venir á su marido, lo cual teme la mala; así que seria nunca acabar querer contar los daños del deleite, que es uno de los bienes que mas se buscan y desean en la vida; y aunque no todos, pero algunos, juntó un sabio elegantemente en estos versos.

*Nulla, voluptate, res est perniciosior, aufert
Consilium, mentemque; premet virtutibus obstat,
Corrumpit mores, vitiorum maxima nutrit
Debilitat corpus, sensus obtundit, amaro
Fine nocens, homini multorum causa malorum est.*

No hay cosa hoy mas perniciosa que el deleite: quita el consejo, aprieta el alma, estorba las virtudes, corrompe las costumbres, cria y sustenta los vicios, debilita el cuerpo, embota los sentidos, y tras acarrear amarago fin al hombre, le causa en la vida muchos males.

Pues si todos los bienes tienen tanta ijada, y en sí mesmos son tan poco bien; ¿qué tanto será el mal de la

adversidad que los turba, aunque fuese esta tan grande que los turbase todos?

Pero porque lo mas dificultoso deste discurso consiste en averiguar cuán poco bien son estos bienes, será bien, ya que la experiencia no la pueden ó no la saben tomar los hombres, probarlo mas con dos lugares famosos de la sagrada Escritura. El primero sea el caso que en el libro de Ester, acaeció á Aman con su competidor Mardoqueo, donde se cuenta que, siendo Aman la segunda persona después del rey Asuero, el cual fué tan poderoso, que reinó sobre ciento y veinte y siete provincias; pasando el Aman por donde Mardoqueo estaba, viendo que no se le levantó ni hizo cortesía, fué tanta la ira y enojo que recibió, que fué luego á su casa y llamó á su mujer y á sus parientes y amigos, y hizo un razonamiento, en que lo primero les relirió los bienes desta vida que alcanzaba, haciendo por partidas crecidas inventario de su hacienda, de casas, viñas, campos, heredades y posesiones, y de los hijos y de la honra y estimacion en que en el reino estaba; tanto, que, después de la Reina no habia quien mas adelante, estuviere con el rey; y añadió que no habia hombre mas favorecido que él en el mundo, porque otro dia siguiente estaba convidado á comer con la Reina, y que el otro convidado era el Rey. Entonces añadió, diciendo: Pues ¿veis toda esta gloria, hacienda, hijos, contentos, favores y autoridad, que no hay mas que desear en esta vida? Pues hago cuenta que no tengo bien ninguno el dia que paso por donde está aquel Mardoqueo y no se levanta ni me quita la gorra. No me parece que hay paso en la sagrada Escritura que mas encarecidamente declare cuán poco son todos los bienes desta vida, como este de Aman, pues una cosa tan poca y tan vana como el quitar ó no quitar una gorra basta para deshacerlos y escurecerlos; que si ellos fueran firmes y sustanciales, ninguna cosa bastara á derribarlos, á lo menos estando juntos, como allí estaban. Cuando en la mano ó en la frente tenemos un mosquito, por poco que le toquemos con la yema del dedo, aunque es suave y blanda, luego cae muerto en el suelo. Válgame Dios, ¿tan ponzoñoso es el dedo del hombre, ó tanta herida hace, que tan presto cayó el mosquito? Es porque es animalito tan frágil y miserable, que, aunque el dedo sea tan blando y amoroso, basta para que él muera luego; así me parece que se puede colegir la fragilidad y vanidad y poco ser de los bienes desta vida; porque, aunque un quitar ó no quitar de gorra sea en sí de poca fuerza, pero en ver que agota y escurece el contento de todos los bienes juntos, y entristece tanto al que los posee, se ve de cuán frágil y miserable naturaleza son ellos, pues contra una cosa tan frágil no pudieron hacer resistencia ninguna.

El segundo lugar, que para lo que pretendemos hace mucho al caso, es la diligencia que el rey Salomon dice en su *Eclesiastes*, que hizo para averiguar el valor de todas las cosas que los hombres con tanta sed procuran; porque, como entre ellos ninguno hay que todos los haya gozado juntos (como vemos, porque si uno goza la riqueza, pero no la salud, y si otros esta, pero no la honra; otros esta y no los oficios y magistrados; otros estos, y no los deleites; otros ni unos ni otros, ó porque no

los quieren ó porque no los alcanzan), siempre debe quedar sospecha de que el que los llama vanos se lo levanta ó habla adivinando, y que lo dice por la poca experiencia que dellos tiene. Y por ser cosa tan dura de persuadir al mundo, no se contentó Dios con que su mismo Espíritu lo diga muchas veces y por muchas maneras en su sagrada Escritura, aunque su palabra y escritura es mas cierta y firme que lo que por los ojos vemos; pero porque no nos mueve tanto como lo que se experimenta; de do nace que, aunque oimos muchos y muy altos sermones, y muchos y grandes milagros que el Redentor hizo en el mundo cuando andaba por él, no nos mueven ni espeluzan, como los que vemos ó nos cuentan personas discretas y de verdad haber ellos visto; así que, no contento con haberlo él mesmo dicho en su Escritura, ni con que el escritor della fuese Salomon, el mas sabio hombre que hubo ni habrá (aunque el que no se mueve por el dicho de Dios, menos se moverá por el de un hombre porsabio que sea), sino quiso que á estas dos circunstancias se juntase la experiencia, que para este solo fin quiso tomar un hombre tan rico, poderoso y sabio como él, para que acabásemos de entender cuánta verdad es que todo es vano, y cuanto lo son los que otra cosa creen. Dice pues este rey que, siéndolo él de Jerusalem y estando en paz con todos los comarcanos, y teniendo tiempo y posibilidad, como otros gastan el suyo y sus riquezas en guerras ó cazas ó edificios, la primera cosa que determinó de hacer fué una anatomía de todos los bienes del mundo, para ver qué ser tenian para ser codiciados de los hombres; y lo primero hizo para sí muchas casas excelentes y de muy hermosa traza y edificio, plantó viñas y heredades, huertas y jardines, trayendo de toda la redondez de la tierra las mas hermosas y curiosas plantas y frescuras, flores olorosas y frutas admirables y sabrosas. Y porque para conservar lo que habia plantado era menester agua en abundancia, dice que la trajo á mucha costa, y hizo fuentes y estanques. Y porque para tener cuenta con estas haciendas, y para la pompa y felicidad deste mundo, era menester mucha familia de criados y criadas, dice que tuvo gran cantidad dellos y poseyó muchos esclavos y esclavas. Tambien dice que se hizo señor de mucho ganado, mas que cuantos hasta él fueron en Jerusalem, porque tuvo grandes rebaños de ovejas, y manadas de vacas, y gran multitud de cabezas de otros ganados. Y porque ni esto se puede conservar, ni se dice un hombre rico en el mundo sin cantidad de oro y plata, dice que amontonó y atesoró mucho oro y mucha plata, no como otros ricos, que se llaman tales por tener talegones llenos de moneda de estos dos metales, sino montones dice que eran los suyos y gozaba de la hacienda de todos los reinos y provincias, de quien cada año recibia tributos crecidos, sin los presentes muy ricos y muy ordinarios que de todas partes le traian, con ser tantos los reinos y reyes que desto servian, desde el rio Eufrates hasta el término de Egipto y Filistea. Dice mas, que tuvo cantores y cantoras en abundancia, y todo lo demás que suele ser el deleite y entretenimiento de los hombres: aparadores, vasos, vajillas, frascos para tener y enfriar los vinos, y que vino á ser el mas rico de cuantos hasta

él habían sido en Jerusalem; y no lo encarece mucho, pues la misma escritura de su historia cuenta parte de su riqueza, de donde se puede coleccionar la demás; porque en su historia dice que tenía cincuenta y dos mil caballos, los cuarenta mil de coches y los doce mil de rúa, y que la comida de dentro de sus puertas era cada día treinta coros de flor de harina, y sesenta de harina común, que á la cuenta de los que saben y escriben de las medidas de la sagrada Escritura, montan mas de seiscientos fanegas. Y parece haber sido la gente de su casa de buena suerte y estofa, pues comían mucha de la pan floreado, pues no podía comer el Rey á solas treinta coros dello. De carne dice que se gastaban cada día treinta vacas y cien carneros, sin la caza, que era mucha, de conejos, perdices, venados, búfalos y otras cazas. Y dice allí que tenía de renta seiscientos y sesenta y seis talentos de oro, que acá montan muchos millones; sin lo que los negociantes de las provincias traían, y sin otras cosas que en otra parte dice, repitiendo muchas destas, y que los presentes eran cada año muchos vasos de oro y plata, vestidos preciosísimos, armas, perfumes, especiería, caballos y mulas y acémilas, y sobre esto iba cada tres años su armada á Ofir (que algunos dicen que era el Pirú), y volvía llena de oro, plata, marfil, gatos y micos y pavos; y que hizo un trono de marfil, donde él se sentaba, muy grande y todo guarnecido de oro finísimo, con seis gradas, por donde él subía á sentarse, y la tabla de los piés era de oro, y dos brazos á los lados, y dos leones junto á ellos sin otros doce leones que estaban en las gradas de ambos lados; de suerte que en todos los reinos del mundo no se hallaba semejante silla que aquella. Dice mas, que todos los vasos, platos y saleros y otras cosas de la mesa eran todas de oro, y no solo los de la mesa de la ciudad, sino los de la casa del bosque eran de oro purísimo; y que en su tiempo era tanta la riqueza, que la plata no la estimaban en nada. Y luego allí poco mas abajo dice que había por Jerusalem tanta plata como piedras por las calles. Docientos lanzas de oro á seiscientos ducados cada una, trecientos paveseos guarnecidos con trecientos ducados de oro cada uno. Al fin dice que fué la grandeza de Salomon en riquezas y gloria mas que la de todos los reyes de la tierra; con que se atrevió á edificar un tan famoso y rico templo, cuanto la sagrada Escritura lo encarece. Pues de la sabiduría que alcanzó, que todos los reyes deseaban ver su cara y todo el mundo oír la gran sabiduría que tenía. No se dice todo lo que hay ni se pondera, pero basta lo dicho para el intento, pues aunque viviese un hombre muchos años con mucha industria y fortuna, no podía llegar á ser tan rico de todos los bienes como Salomon. Y tras eso, porque no pensase alguno que le faltó algo de lo que desea la codicia de los hombres, dice que ninguna cosa le pidió el deseo de sus ojos que no se la otorgase y se la diese, y porque no se pensase que después de vista y poseída esta felicidad, no había querido gozar della, y así no sabría á qué sabia, añade que nunca quitó á su corazón la licencia, ni le vedó que no gozase de todo lo que había allegado, ni que se holgase con ello, pareciéndole particular derecho y deleite gozar de lo que él había ganado y trabajado. Y para que

nadie entendiase que no tendrá por la mucha abundancia y prosperidad, acuerdo al tanteo de las cosas que convenia, especialmente para el fin que llevaba, advierte que siempre la sabiduría perseveró con él, y la halló siempre á su lado, para ponderar cada cosa que tal era. Viniendo pues ya al juicio de las cosas que había probado y gozado, y á dar la definitiva sentencia de lo que de cada una sentia, dice que como se volviese á las obras de sus manos y á los trabajos en que había trabajado, halló en todas vanidad y aflicion de espíritu, y que ninguna dellas permanece debajo del sol. Las cuales tres cosas, aunque agora los hombres ó no las conocen ó las niegan, por la ceguedad de su codicia, y por tenerles el demonio tapados los ojos, al cabo las vienen á confesar en el infierno: la aflicion del espíritu, cuando dicen que anduvieron caminos dificultosos; la vanidad, cuando todo dicen que lo hallaron inútil y sin provecho, comparándolas á la sombra vana y sin ser; la poca constancia, cuando dicen que todas pasaron como sombra, y tan ligeramente, que apenas habían nacido cuando al punto las dejaron con la vida.

Luego á lo menos (que es lo que al propósito hace deste discurso) todo es vanidad cuanto bien puede acá gozarse; que es decir, que todo es nada. Y la Escritura en el *Eclesiástico* dice que todo es visiones de sueño; y lo mismo dice en el libro de Job, lo cual confirma el real profeta David diciendo que sus lomos están llenos de ilusiones, llamando con este nombre á los deleites, porque no lo son sino imágenes dellos. Cosa es con todo eso, dificultosa de creer para los hombres del mundo, que se admiran de las cosas dél, y por otra parte estiman en poco las de la otra vida que esperamos; y la razon es, porque estas de acá por eso les parecen grandes, porque están cerca, como á los rústicos, que ni tienen ciencia ni experiencia de algunas cosas, y así, juzgan dellas, por lo que el sentido engañado les dice, al cual no saben corregir con el entendimiento. Que preguntados qué tan grande será el sol, dicen (cuando mucho se alargan) que será como una rueda de carreta; y si les preguntan cuál es mayor una estrella ó una ciudad, dirán que una ciudad; porque juzgan conforme al sentido, y este muchas veces se engaña, pareciéndole pequeñas las cosas que están léjos, aunque no lo sean, y las de cerca mayores, aunque sean menores; de donde nace lo que la perspectiva enseña á los oficiales de talla, que en un retablo grande hagan las figuras altas de mayor estatura que las bajas, porque al sentido de los que miran vengan á parecer iguales; así, las cosas de esta vida, así prósperas como adversas, á los que miran como rústicos les parecen grandes por estar cerca de nosotros, y las de la otra parecen pequeñas por estar léjos. Pues si las cosas desta vida, aun miradas desde acá de cerca son tan pequeñas como Salomon dice, y en tantas partes nos enseña la verdad, que aun no merecen nombre de pequeñas, sino de vanidad y nada, ¿qué parecerán desde la otra vida, donde se verán de léjos, y mas léjos que agora están las de allá, aunque parece una mesma distancia, pero no lo es, sino diferente; porque desde esta vida á la otra no hay mas distancia de una calentura ó dolor de costado ó landre ó apoplejía; y desde la otra á esta estarán tan léjos las de acá,

que para mientras Dios fuere Dios no habrá esperanza ni camino para volver á ellas.

Visto pues cuán poco ser tiene todo lo criado, claro queda cuán poco daño nos hace la adversidad cuando lo quita, como no nos quite á Dios, sino algo y muy poco de lo que es nada y mucho menos que nada, comparado con lo que se nos promete, trocándolo con paciencia y sufrimiento. Lo segundo, aunque ello en sí fuera mucho, cuando el trabajo se lo quita al verdadero siervo de Dios, ningun daño le hace, porque es muerto al mundo y á las cosas dél. Y así como á un muerto nadie puede hacerle ofensa ni daño aunque lo procure, porque no siente el daño, ora le hieran ó le azóten ó afrenten ó le roben; así el muerto al mundo y vivo á Jesucristo no siente los daños del mundo. Y desto se preciaba san Pablo cuando decía que se gloriaba en la cruz de nuestro Señor Jesucristo por quien él estaba muerto al mundo, y el mundo á él; esto es, que ni él hacía mas causal de las cosas del mundo que si no hobiera mundo, ni el mundo le hacía de las suyas como si él fuera muerto y no fuera del mundo. Y esto debemos todos á la cruz de Cristo, como dice san Basilio. Y como dice el bienaventurado san Juan Crisóstomo, tan léjos están los trabajos de hacer daño al siervo de Dios, que antes le hacen provecho; porque, si es muerte, eso dice san Pablo que es ganancia; si desierto, sabemos que toda la tierra es del Señor; si pérdida de hacienda, ninguna cosa metemos en el mundo ni la hemos de sacar dél. Ningun espanto del mundo (dice) me espanta, de todo su deleite me rio, no deseo riquezas ni me parece mal la pobreza; no temo la muerte, ni la vida estimo, sino por vosotros; pero cuando fuere necesario nadie, me la podrá apartar de vuestro amor; porque los que Dios junta con el suyo, nadie los podrá apartar. Hasta aquí son palabras deste santo cuando le desterraban de su iglesia. Y en otra parte dice que en lo que es necesario para la vida Dios nos hizo iguales con los ricos, como es luz, agua, aire, fuego y sol, etc. Que destas y de otras sus semejantes, no goza mas, sino á veces menos, el rico que el pobre, ni quiso dejar á su cortesia del rico que las gozásemos por su mano y á su voluntad como el oro y la plata, porque ya fuéramos ahogados; y que si lo demás fué desigual, fué para que ellos ganasen el cielo dando, y los pobres padeciendo y llevando con humildad el sustento, y con paciencia la necesidad. Y pues lo necesario á nadie falta, álcense los ricos con lo demás; que pues que no es necesario, poco bien nos quitan y mucho nos dan, en dejarnos con la materia de paciencia en las manos; la cual tendremos fácilmente, considerando cuán poco bien nos falta, y con cuán poco se nos alzan ellos, y cuánto menos nos quitan los trabajos si sabemos (aprovechándonos de buena consideracion) trocarlo de buena gana por los grandes bienes que nos acarrearán.

DISCURSO IV.

De la cuarta razon para tener paciencia en los trabajos, que es que son enviados y repartidos de la mano de Dios.

Los que á la fortuna ó caso atribuyen sus trabajos y tribulaciones, ora sea por carecer de fe cristiana, ora por no considerar lo que ella enseña, aunque los culpo

de no tener en ellos paciencia, así porque es cordura hacer con ella de necesidad virtud, como porque tienen á Dios en poco, pensando que no entiende en repartir bienes y males, como lo hacían los idólatras, que adoraban dioses de piedra y palo (de quien decía Jeremías: No los queráis temer, que ni os pueden hacer bien ni mal. Así hablan ellos ó piensan de nuestro Dios, de que él no poco se muestra á veces enojado, especialmente por Sofonías, diciendo que ha de visitar, esto es, tomar rigurosa cuenta á los hombres atolados en sus torpezas, que dicen que Dios ni hará bien ni mal); aunque en esto (digo) tienen grandísima culpa; pero no se la ponga tanta, supuesto que se fundan en este tan grave error, cuando tienen en sus trabajos poca paciencia, cuanto á los cristianos que por fe certísima tienen que todo trabajo, por do quiera que se levante, viene enviado de la mano de Dios; lo cual dice la sagrada Escritura en cada renglon della; unas veces que él es el que da la muerte y la vida, otras que no hay mal en la ciudad que él no haya causado, y así otras muchas sentencias. Y porque los hombres lo vean por los ojos, y así lo tengan mas en la memoria, suele sacar una mano, como cuando con ella escribió y firmó la sentencia de Baltasar, rey de Babilonia, y asimismo para dar el libro de las amarguras y lamentaciones á Ezequiel. Tambien se pinta en muchos lugares con arco y saetas y con espada, para que se entienda que con la espada aflige á los que están cerca (aunque todos lo estamos, como san Pablo dice, que no está léjos de cada uno de nosotros, pues en él y por él vivimos y tenemos ser y movimiento), y con las saetas alcanza á los que piensan que están léjos destes golpes, como son mozos ricos, regalados y poderosos; de las cuales saetas dice David que le alcanzaron algunas, cuando en un salmo pide salud de su enfermedad; y lo mismo dice Job en sus trabajos, que las saetas del Señor estaban en él.

Esta verdad está mucho dicho atrás, y mucho por decir. Agora solo digo que es uno de los mayores consuelos que puede tener el alligido, pensar que su aflicion viene de tan justas, sabias y piadosas manos. Y esta es la respuesta que Eliu daba al santo Job (cuando él alegaba su inocencia en medio de tantos males), y decía: Bien tengo que responder á eso, que Dios es mas que el hombre. En que quiso decir que las grandezas y maravillas de Dios son tan grandes, que el hombre no podrá ni aun entenderlas. Lo cual por otras palabras dijo David: Señor, grande sois y haceis grandes maravillas; y así, solo vos sois Dios. De aquí salen todas las razones por donde debemos consolarnos con el trabajo que Dios nos envia: la una es, cuando otra no hobiera, que es tan grande y poderoso, que no podemos resistir á su omnipotencia y voluntad. Como el mismo Job dice en otra parte: Es Dios sabio de corazón y valiente de fuerzas; ¿quién le resistirá y quedará con el brazo sano? De manera que, no pudiendo mas, trabajó sin paciencia y trabajó con paciencia: gran cordura es pasarle con paciencia. La segunda razon que de allí se saca, es la sabiduría con que reparte los bienes y males de acá abajo, que, como sea infinita, ¿quién se ha de poner á disputar con él? Que cuando él quisiese descubrir á un hombre sus consejos secretísimos, no tiene el hom-

bre capacidad para percibirlos todos. La tercera es, la bondad y la justicia con que los envía; porque cuando los envía en castigo, los tiene el castigado muy bien merecidos; porque es Dios tan justo, que ni sabe ni quiere ni puede hacer á nadie agravio; antes es cosa que desdice del ser de Dios, como él mismo lo dice en el libro de la *Sabiduría*: Como seas, Señor, justo, con justicia dispones y repartes todas las cosas, y tienes por extraño de tu virtud y poder condenar al que no lo debe. Que así se ha de leer conforme á las Biblias mas emendadas; porque el error de los impresores hizo en las mas antiguas parecer el sentido contrario, como podrá ver el que desto entiende, cotejando la edicion latina con la griega de do salió, y con algunas impresiones de cuidado; pero cuando envía los trabajos á los justos ó inocentes, nunca para esta providencia en menos que en dichosísimos fines, como vemos en Abraham, Josef y Job, y en la Madre Dios, el Bautista y otros muchos.

La otra razon es, porque como él sea Señor y Criador de todas las cosas, puede hacer de ellas á su voluntad, pues cuando nos las da no nos debía nada, y cuando las quita no quita lo nuestro; y así, puede quitar la vida, los padres, la hacienda, el hijo, la honra, la vida, la salud, que todo es suyo, y recibido de gracia de su santa mano. Por esto pudieron pedir los del pueblo de Israel las joyas á los de Egipto, cuando de allí salian, y quedarse con ellas, pues esta licencia les dió su verdadero dueño, que era Dios. Por esto pudiera matar á su hijo Abraham, y lo hiciera sin pecado si no le estorbara el ángel, no porque dispensaba Dios en la ley que veda el homicidio, sino porque la vida de Isaac era suya, y así podía mandársela quitar, como un hombre á su vaca ó su carnero; por esto pudo matar los niños inocentes del diluvio y de Sodoma, aunque no tenían culpa; y por lo mismo, á los niños en los vientres de sus madres, aunque la tengan, sin aguardar á quitársela por el bautismo; donde se condena la blasfema herejía de los marcionistas y otros herejes, sus secuaces, que en semejantes casos como los dichos se atrevieron á poner lengua en la justicia Dios; y plega á su Majestad que no haya alguno de tan mala intencion, ó tan ignorante ó blasfemo, que con la pasion de la tribulacion se tenga por justo y por indigno de padecerla, y á Dios por injusto en el enviarla, ó ponga lengua en su providencia; pero los buenos y bien considerados antes le dan infinitas gracias por lo que no les quita, pues todo es suyo; y aun por lo que les quita, teniendo por imperfeccion y ingratitud dárseles solamente por lo que de su bendita mano reciben, y no por lo que les aflige, siendo lo uno y lo otro beneficio de un mismo Señor y Padre, nacido de la mesma sabiduría, bondad y caridad, que no sabe hacer mal, sino bien á todos. Esta lición aprendemos de uno dellos, que fué el santo Job, que á la nueva mas lastimosa de cuantas le vinieron, se levantó y rasgó sus vestiduras y cortó sus cabellos, no de despecho y enojo, sino ofreciendo, como san Crisóstomo dice, al dueño de todo, que era el mismo Dios, lo que quedaba, en significacion del buen ánimo con que sufría lo quitado; y dijo á la mujer que tan mal consejo le daba como era maldecir á Dios: Has hablado como una mujer loca; si

tenemos manos para recibir bienes de mano de Dios, ¿por qué no las tendremos, y sufrimiento, para dejarlos y sufrir males, esto es, trabajos y aflicciones; los cuales llama, como la sagrada Escritura usa, con término y nombre de males, por hablar como se habla dellos en el mundo, que Dios nunca hace á nadie mal; pero habla como entiende de las cosas aquel con quien habla, como otras veces suele. Y añade luego el santo Job: Yo salí desnudo del vientre de mi madre, y al de la madre vieja (que es la tierra) tengo de volver desnudo: así le ha placido á su dueño, y así se ha hecho como á él le agradó; sea su nombre para siempre bendito. La misma manera de hablar aprendimos de Heli, aunque con mas brevedad, que, oyendo del profeta Samuel el castigo de Dios con que en su nombre le amenazaba, respondió: Señor es y dueño de todo; haga dello como mejor á sus ojos pareciere.

Esta y de las demás razones juntas salia la prontitud con que en aquellos tiempos era Dios servido de sus amigos, hasta de los soldados (que suelen ser la gente mas desalmada, blasfema y menospreciadora de los mandamientos de Dios); que, como se cuenta en el libro de los *Reyes*, cuando los israelitas se apartaron del rey Roboan y obedecieron á Hieroboan, envió el rey de Judea ciento y ochenta mil hombres contra ellos, á los cuales salió al camino el profeta Semeías y díjoles de parte de Dios que no pasasen adelante con la guerra, porque él habia sido el autor de aquella division; el cual recaudo se dió á Roboan y á los principales y á todo el pueblo, el cual oído, luego se volvieron. Lo mismo sentia el rey Ezequías cuando, pidiendo á Dios remedio de su enfermedad, se responde él mismo á sí, diciendo: ¿Qué digo, ó qué respuesta espero, habiéndolo hecho él mismo, esto es, habiendo venido de su mano la enfermedad? Pero el mejor ejemplo y mas á propósito es el del rey David, cuando yendo muy afligido huyendo de su hijo, se vió deshonrado y escarnecido de un hombre vil; y queriendo darle su pago uno de los que iban con David, le respondió: Tate, déjale, maldígame, deshónrame, que Dios se lo manda; déjale cumplir el mandamiento de Dios. Y repitiéndolo David en un salmo, donde hace mencion desta historia, dice que de palabras, aun de las buenas, se habia guardado, porque aun las buenas suelen ser en tiempo de enojo malas; y da la causa abajo, diciendo: Señor, tornéme mudo y no abrí mi boca, porque tú eras el autor de aquel hecho; esto es, tuyas eran, Señor, aquellas palabras por boca de aquel Semei. Como quien dice: No salian dél, sino de tí, que le mandaste ser instrumento de mi correccion.

Conforme á esta doctrina y ejemplo, tendremos fácilmente paciencia y consuelo en nuestros trabajos, entendiendo que vienen enviados de la mano de Dios, ó por nuestras culpas ó por nuestro bien; él sabe lo que hace mejor que nosotros, mira mas por nuestro bien, no hay fuerza que le resista, él es Señor de todo; haga de lo que es suyo como señor. Y pues en una enfermedad y en una tempestad fácilmente tenemos paciencia, por solo saber que es negocio y obra de Dios, y acudimos á él por el remedio, lo mismo hagamos en todo género de trabajos, especialmente en las injurias, volviéndonos á Dios como principal autor, y dejando al que las

dice, que no es mas que instrumento de Dios. Bueno seria que el enfermo se volviese airado contra el sangrador ni contra la purga, porque es amarga, aunque fuese errada por el médico; no hay ninguno tan fuera de sí que tal haga, antes se melancolizaria si la purga no fuese amarga y el barbero no sacase la sangre, porque considera que son medios (aunque desabridos) para su salud por el médico, de cuyas letras, fidelidad y amistad está confiado. Así, el buen cristiano no se vuelva contra los instrumentos de tan sabio y piadoso médico, como Dios es de su alma, sino páguete, cuando en otra caso no pueda (pues es Señor de todo), en hacerle infinitas gracias, dejando al injuriador, que, como san Juan Crisóstomo dice, no es mas que instrumento de Dios. Y aun David dice: Señor, libra mi ánimo de mi enemigo, que es tu espada. Así lo traslada san Jerónimo, diciendo que así está en el hebreo. Y cuando esta oracion no oyere Dios, entienda que el ser perseguido es mayor bien suyo; y así como el que vence una batalla no quiebra ni hunde ni deshace los tiros de artillería, ni otras armas con que fué ofendido, antes procura de haberlas y guardarlas para honra suya y de su rey y memoria de su vencimiento, así procure lo primero, vencer con paciencia sus persecuciones, y guardar y estimar en mucho el instrumento de que Dios usó, que es el hombre, que le hizo la injuria para gloria de Dios y suya, y memoria de la merced que Dios le hizo con la vitoria. Así lo hizo el Señor en la cruz para nuestro ejemplo, que, dejados los que le atormentaban y deshonraban, se volvió al Padre á quejarse y rogó por ellos. De un ermitaño se lee, que habiendo padecido grandes pesadumbres con un monjecillo mozo, que le servía en su vejez y enfermedad, tomándole muchas cosas de las necesarias para sus trabajos, y otras con que él tenia santo regalo, cuando vino á morir le mandó llamar y le pidió las manos al mozo, y se las besó con ojos y boca por la ocasion que le habian dado para merecer con su mal tratamiento. Pues ¿con cuánta mas razon besarémos en nuestras aflicciones las del mismo Dios, que con tanto interés nuestro nos aflige? Y cuando no fuera mas de ser los trabajos embajadores de Dios, con quien nos envía á avisar y acordar quién somos, debíamos recibirlos con paciencia y alegría, y sufríroslos y regalarlos; pues aun entre bárbaros guardan con sus legados ó embajadores esa fidelidad, y cuando no se guarda, se indigna mucho el que los envía, como hizo David, que se indignó contra Amon, y se vengó dél por haberle hecho esta injuria; y mas respeto se ha de tener á los embajadores de Dios, como lo tuvo aquel rey de quien cuenta san Juan Damasceno, que yendo en su carroza con gran aparato y majestad, salió della y se arrodilló á dos pobres rotos y macilentos, y dijo después que eran mensajeros de Dios, que le enviaba á acordar su muerte.

DISCURSO V.

De la quinta razon que nos mueve á tener paciencia en los trabajos, que es que nos mira Dios padecerlos.

Ninguna cosa hay en el mundo ni mas generalmente sabida, aun entre la gente bárbara y gentil, ni mas repetida en las escrituras de los cristianos, aunque nin-

guna menos considerada, que la presencia de Dios á todas nuestras obras, palabras y pensamientos; á todo está, como á todas las demás cosas, mas presente que nosotros mismos; de suerte que ni puede imaginarse lugar, ni tiempo, ni artificio, ni invencion para esconder de Dios un pensamiento siquiera; porque, so pena de no ser Dios, no puede faltar de todo lugar y tiempo, ni puede su infinita sabiduría ser engañada de nadie, porque todos saben que está presente en todo lugar; y mejor lo dicen los que mas saben, que todo lugar y tiempo está en Dios, y todas las cosas sujetas á tiempo y lugar por el consiguiente, so pena de no tener ser; lo cual, aunque en infinitos lugares de la divina Escritura se declara, solo diré uno de David, donde mas por menudo dice esta filosofia. Finge David, para declararlo, que quiere huir ó esconderse de Dios, y dice: Señor, ¿dónde iré para esconderme de tu espíritu, ó dónde huiré de tu presencia? Porque si voy al cielo, allí estás mas particularmente que en otra parte, porque allí haces obras mas maravillosas; si voy al infierno, que es lugar de penas, ajenas de tu naturaleza y de tu gloria, allí tambien estás, so pena que el infierno no tendria ser. Pues si quiero echar por lo llano, y tomarme alas tan ligeras como las del alba, la cual es tan ligera que apenas ha parecido por el oriente cuando en un instante está de la otra parte del mundo; si yo con unas alas como estas quisiere escapar volando á lo último de las Indias, es tan impertinente traza para huir de tí, que antes, si tú no me llevas en tus manos ese camino, no podré mudarme de un lugar ni caminar; de suerte que do quiera que aporte me has de hallar, que te llevo conmigo, antes me llevas contigo. Y porque dije que entre los gentiles era cosa sabida, así se lo predicaban sus teólogos, que eran los poetas.

El uno dijo:

Jovis omnia plena.

Todo está lleno de Júpiter.

Otro dijo:

*Quò fugis Encelade? Quascumque abscesseris oras,
Sub Jove semper eris.*

Encelado fué el mayor de los gigantes, á quien Júpiter mató con un rayo. Dícele luego el poeta: ¿Dónde piensas huir encelado? Porque do quiera que aportares, allí estarás sujeto á Dios.

Volviendo pues á David, prosigue su pensamiento diciendo: Ya que por piés no puedo escaparme de tí, Señor, tentemos otro camino, quizá estando á oscuras, aunque estés presente no me verás. Ni por esas, porque la noche será para tí luz y día contra mí; pues para tí no hay tinieblas, que la noche para tí tan clara es como el día; ni importa que sea noche ni día para tu vista, á quien ninguna cosa hay oculta ni escondida; porque, así como si el sol tuviera vista, ó el hombre en la suya tuviera la luz del sol ó otra como ella, no habia que temer noche, que todo fuera día, así los ojos de Dios, que de suyo tienen infinita luz, sin otra prestada, todas las cosas descubren. Prosigue David: No tengo hueso que no veas, aunque todos los criaste escondidos á los hombres; tú me criaste, Señor, y formaste mis entrañas, que son la parte mas oculta que hay en mí, y donde los mas ocultos pensamientos se forman; y al fin toda mi